

Un genio enamorado

Guadalupe Loeza

Una figura como Mozart permanecerá siempre como un milagro inexplicable.
Goethe

El 27 de enero se cumplieron doscientos cincuenta años del nacimiento en Salzburgo, Austria, de Wolfgang Amadeus Mozart. Como bien dice el musicólogo Juan Ángel Vela Del Campo, la música de Mozart aparece en primer plano si se habla de procesos de relajación médica, de desarrollos educativos o de aumento de productividad en la leche de las vacas. Pero sobre todo está presente cotidianamente como elemento de placer o de aplicación lúdica y sensorial del equilibrio clásico, con su juego de leyes y proporciones teñido por un manto de belleza iluminista. Nadie podría negar que Mozart es hoy una de las referencias básicas de la cultura de la humanidad, y su música tiene un espacio reservado y hasta prioritario en ese “museo imaginario” al que suele referirse George Steiner, en el que

se almacenan las experiencias imprescindibles que nutren de sentido al ser humano a lo largo de una vida.

Como es sabido, el genio musical por excelencia, niño prodigio de todos los tiempos, es Wolfgang Amadeus Mozart, nacido en 1756 en Salzburgo, hijo de Leopold Mozart, él mismo músico de gran renombre.

Pasaron cosas inconcebibles con este niño que demostró asombrosas facultades para la música. A los cuatro años trató de escribir un concierto para piano y a los cinco logró componer minuetos. Un buen día tocó el violín sin que nadie supiese cómo, cuándo y a qué horas había aprendido a hacerlo. A los seis años, sus talentos musicales fueron expuestos a través de las cortes de Europa. En tanto, a los ocho años, ante el asombro de cuantos lo conocían, el niño prodigio ofreció una sinfonía completa en cuatro movimientos para orquesta: la *Primera Sinfonía*. El orgulloso padre de este geniecito, Leopold Mozart, describió a su hijo como el *milagro que Dios hizo nacer en Salzburgo*.





Las hermanas Constanza y Aloysia Weber



Nunca se refirió así a su hija menor que era tan talentosa como Wolfgang. María Ana, conocida familiarmente como Nannerl, también actuaba en conciertos públicos a los seis años. Los dos niños tocaban juntos a cuatro manos en el mismo clavicémbalo y se ponían, sobre el teclado, un fieltro para tocar sin ver las teclas.

No había mejor lugar en el mundo que Salzburgo en donde los prodigios musicales pudieron haber nacido a mediados del siglo XVIII, como fue el caso de los niños Mozart y no pudieron haber tenido un padre más efectivo, estricto y disciplinado que el que tuvieron. Leopold Mozart era un hombre profundamente religioso, responsable y con un gran sentido de la autoridad. Competente violinista y autor de un famoso tratado sobre la ejecución musical en violín, por lo que estaba lo suficientemente preparado y experto para discernir el genio de sus hijos y, al mismo tiempo, lo bastante sagaz y modesto para dedicar su vida cultivándolos. Llegó a sentir íntimamente la obligación, ya no como padre, únicamente, sino moralmente, de desarrollar el talento de sus hijos y darlos a conocer al mundo como una misión casi mesiánica. *Debo de corresponder así al favor que el omnipotente me hizo, de lo contrario, sería la más ingrata criatura.* Cabe preguntar si, ¿fue un deber para con Dios o la simple ambición económica la que le llevó a mostrar, especialmente, a su hijo al mundo? Leopold se convirtió en el mejor agente publicitario y promotor de Amadeus. Las giras que preparó para su pequeño genio iban precedidas de una muy bien pensada propaganda y publicidad: folletos y anuncios en los que aparecía Wolfgang, perfectamente bien vestido con su casaca azul celeste, su camisola con pe-

chera de encajes, peluquín blanco recogido en la nuca con moño de terciopelo negro, medias blancas y zapatillas negras, tocando el teclado de un piano con los ojos vendados. Un texto aseguraba que el pequeño músico permanecería en una habitación contigua e identificaría las notas ejecutadas en el salón y, para más sensación, improvisaría y armonizaría todas las melodías que le dictaran en ese preciso momento.

El pequeño Mozart causó sensación en la corte de Viena. En el castillo de Schönbrunn, donde la familia imperial solía tocar varios instrumentos musicales, se encantaron con el niño prodigio. Éste, por su tierna edad, no tuvo la menor inhibición frente a la emperatriz María Teresa, y saltó en su regazo para darle un beso para deleite de la soberana y de toda su familia. Un día que se deslizaba en los lustrosos parques del palacio, el chiquitín resbaló y, la princesita María Antonieta, más tarde la guillotizada reina de Francia, lo auxilió para después seguir jugando con él, correteándolo por todos los pasillos de su augusta residencia. El famoso escritor alemán Goethe, quien contaba con catorce años de edad entonces, recordó haber escuchado música, interpretada por el *hombrecito de la peluca polveada y la espada al cinto*. En el palacio de Versalles en Francia, los Mozart tocaron. La amante de Luis XV, la Madame Pompadour no se impresionó con el niño Wolfgang y no permitió que la besara. *La emperatriz me besa, ¿quién es esta señora que no quiere besarme?*, preguntó, sorprendido, el chico. En Inglaterra, el rey Jorge III, quedó subyugado por el talento del muchacho y se divirtió sometiéndolo a pruebas difíciles en el teclado y el maestro musical de la reina Carlota, Johann Christian

Bach, lo ocupó en complicados juegos musicales. Los conciertos ejecutados por el niño Mozart en Londres fueron un auténtico éxito de taquilla. La Royal Society recibió para sus transacciones filosóficas el *Informe de un notabilísimo joven músico*. Se anexaron pruebas documentadas de la edad de Wolfgang y anécdotas de *cómo, a veces, corría por las habitaciones con un palo entre las piernas a guisa de caballo*.

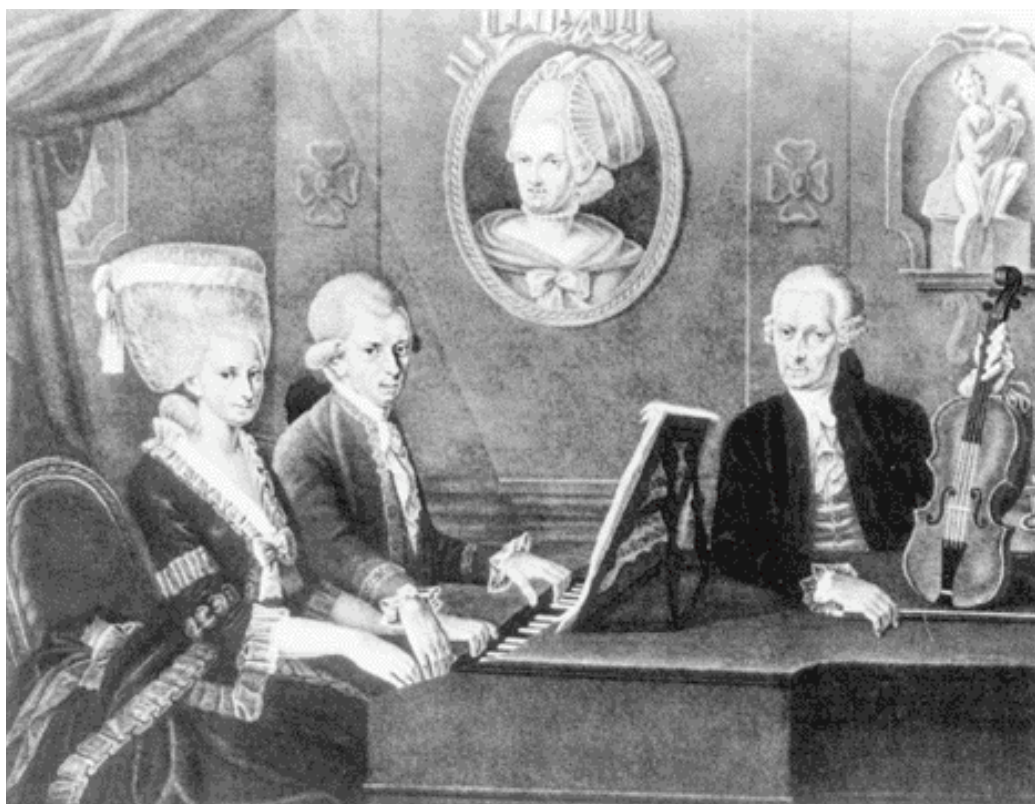
Entre los seis y los quince años de edad Wolfgang estuvo de gira la mayor parte del tiempo, causando sensación entre los auditorios de diferentes países de Europa occidental, con sus presentaciones de *virtuoso* de las teclas, el órgano, el violín, ejecutando su música a la vista, improvisando variaciones, fugas y fantasías. Lo más espectacular, llamativo y extraordinario era su habilidad para escribir música a una edad en que otros apenas empezaban a aprender a leer. Antes de cumplir los trece años de edad, Wolfgang ya había compuesto minuetos, una sinfonía, un oratorio y su primera ópera. Todo esto contribuyó a las más de seiscientas composiciones que, eventualmente, fueron catalogadas en 1862 y numeradas por un especialista austriaco, Ludwig Von Köchel, quien bautizó cada una con una *K*.

El cariño y dedicación de Leopold por su hijo era innegable pero también el control sobre su vida. ¿Acaso lo explotaba? ¿No era demasiado exigente en

torno a la formación musical y cultural de Wolfgang? Leopold quiso compartir con el mundo el milagroso talento de su hijo. Sin embargo, lo cierto es que la figura paterna autoritaria y opresiva que representaba lo marcaría para toda su vida.

Después de los *tours* la familia Mozart regresó a Salzburgo. El joven músico, ya con quince años, comenzó a inclinarse hacia el sexo opuesto. Según sus biógrafos, tenía preferencia por las morenas. Uno de sus primeros amores fue la hija del doctor Barisani. Enamoramiento efímero puesto que pronto se fijó en Bárbara Molk. Los progenitores de Wolfgang toleraban estos coqueteos sin darles importancia. Sabían que eran meras distracciones de su hijo cuya prioridad era la música. Pero, esto sucedió en su primera adolescencia. Más tarde no sería así.

El joven Mozart recibió varias comisiones importantes: la música para el matrimonio del archiduque Fernando en Milán, a donde se trasladó con su padre, y la entronización del arzobispo Jerónimo Colloredo en Salzburgo quien se opuso a las frecuentes giras de los Mozart. A los dieciséis años Wolfgang compuso ocho sinfonías, cuatro divertimentos y algunos trabajos sacros. El arzobispo era sumamente demandante. Leopold buscaba refugio donde fuere con tal de ayudar a su hijo a escapar del tiránico religioso. Wolfgang todavía no estaba en edad para viajar solo y Leopold



Retrato de la familia Mozart

La obra de Mozart está presente cotidianamente como elemento de placer o de aplicación lúdica y sensorial del equilibrio clásico.

asignó a la señora Mozart para que lo acompañase a Mannheim y París. En Mannheim conoció al matrimonio Weber cuyas hijas, Aloysia y Constanza eran cantantes de ópera. Leopold comenzó a alarmarse cuando comprendió que su hijo tenía un especial interés por Aloysia quien, según escribió a su padre, *canta con voz pura y amorosa, aunque sólo tiene dieciséis años*. Los elogios, en posteriores cartas, tanto de la persona de la chica, como de sus dotes musicales, dieron a entender a Leopold que su hijo estaba seriamente enamorado y temió que la relación con la joven cantante lo desviase de su carrera. Además, la familia Weber no le agradaba, pues a través de las cartas de Wolfgang consideró que se trataba de personas licenciosas y bohemias. Antes que su hijo se vinculara con una sociedad poco cultivada, prefería verlo unido a una familia humilde de músicos aunque no le diera prestigio social. Pero, en aquella familia el joven Mozart se sentía bien y encontraba muchos puntos en común con ella. En realidad se sentía *liberado* de la presión paternal y las exigencias del arzobispo de Salzburgo. Cuando Mozart fue rechazado por Aloysia quien le dijo que no le interesaba casarse con un simple músico como él, pronto se consoló de ese fracaso con Constanza, la hermana menor. La señora Mozart le escribió a su marido, alarmada por este interés. Imaginamos la siguiente carta:

Querido Leopold:

No se qué le pasa a nuestro hijo Wolfgang. Cada día está más confundido respecto a sus sentimientos. Imagínate que ahora afirma que se ha enamorado de Constanza, la hermana menor de Aloysia. Ella es la tercera de las cuatro hermanas Weber. De todas ellas, Constanza es la más fea y la más distraída. Sus ojos, sin casi nada de pestañas, son de un negro opaco y triste. Sobre su frente, demasiado grande, tiene unas cejas des pobladas, que dan a su largo rostro un aire de constante melancolía. Sus labios son tan delgados, que asemejan dos hilos a punto de reventarse. Pero lo más terrible es que Constanza no sabe ni cantar, ni tocar el piano. Lo único que sabe hacer, más o menos bien, es bordar y zurcir.

Según nuestro hijo, la mayor cualidad de Constanza es que tiene un fuerte sentido del humor. Más que

espiritual, a mí me parece una joven demasiado simple; todo el día se ríe. Su padre no deja de preguntarle por qué se ríe tanto. A lo que responde: "Me río porque yo soy la más fea y la más tonta de todas mis hermanas. Esto en lugar de entristecerme, me da mucha risa". Sus padres no saben si tomarla o no en serio. Qué diferencia con su hermana Aloysia, como sabes, ella sí sabe tocar el piano y cantar. Lástima que haya rechazado a nuestro hijo. Fue la señora Weber la que se opuso. Los trescientos florines que recibe nuestro hijo le parecen una miseria para la más bonita y talentosa de sus hijas.

Dice Wolfgang que la señora Weber le encontró otro pretendiente cuyo contrato le ofrece setecientos florines mensuales. Lástima que ahora nuestro hijo se interese por esta muchacha cuya dote sea tan miserable. Wolfgang Amadeus será muy buen músico, pero es un muchacho sin ninguna visión para encontrar una mujer que le convenga realmente. ¿Qué haremos con este hijo tan locuaz?

Se despidió de ti una madre preocupada y una esposa amorosamente fiel.

No, nunca se imaginó la madre de Wolfgang lo feliz que fue su hijo con Constanza. Su matrimonio fue sumamente dichoso. Según sus biógrafos, uno de los factores fundamentales que contribuyeron a su felicidad fue su complicidad en todos los ámbitos, especialmente en el lecho matrimonial. Pasaban horas y horas en él, manifestándose todo su amor y su pasión. Cuando Wolfgang viajaba, le escribía a Constanza cartas alusivas a estos juegos de amor. En ellas, el genio habla (textualmente) de cómo el ave lo que más añora es su nido. Muchos de estos biógrafos se han jalado los pelos por no poder descifrar todas esas claves eróticas.

En uno de los salones de su casa en la calle Raubens-teingasse, en Viena, a un lado de la mesa de billar, se encontraba la cama: lugar sagrado donde Constanza y Mozart se olvidaban del mundo, de sus deudas, de sus respectivas enfermedades físicas, del papá Mozart, de la mamá Weber, de las intrigas de los músicos y compositores de la corte, de las envidias de Salieri, y de las otras hermanas, que se morían de envidia por la felicidad de Constanza, la más fea y la más tonta de toda la familia Weber.